

HELEN OYEYEMI

# EL SEÑOR FOX

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS  
DE MARÍA BELMONTE

BARCELONA 2013



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Mr. Fox*

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 2011 by Helen Oyeyemi. Todos los derechos reservados  
© de la traducción, 2013 by María Belmonte Barrenechea  
© de esta edición, 2013 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:  
Quaderns Crema, S.A.U.

ISBN: 978-84-15689-58-4  
DEPÓSITO LEGAL: B. 6985-2013

AIGUADEVIDRE *Gráfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *mayo de 2013*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Mary Foxe vino el otro día: era la última persona en la tierra a la que esperaba ver. De haber sabido que venía, me hubiera acicalado un poco. Me habría peinado y afeitado. Menos mal que me había puesto un traje; me esforcé por tener un aire profesional. Estaba sentado en mi estudio, escribiendo a duras penas, limitándome a poner palabras sobre el papel, a la espera de que se me ocurriera algo bueno, una frase que pudiera conservar. Ese día me estaba llevando más tiempo de lo habitual, pero no me importaba. Las ventanas estaban abiertas. Sonaba algo de Glazunov; tiene una sinfonía que sencillamente no se puede escuchar con las ventanas cerradas, así de claro. Bueno, igual sí se puede, pero a costa de ponerse muy nervioso y de darse contra las paredes. Aunque tal vez sólo me pasa a mí.

Mi mujer estaba en el piso de arriba. Mirando revistas o pintando algo, vaya usted a saber lo que hace Daphne. Pasatiempos. En mi estudio la sinfonía sonaba al máximo volumen, pero eso no era nada nuevo y ella nunca se había quejado por el ruido. No se queja de nada de lo que hago; es físicamente incapaz de hacerlo. Se lo dejé bien claro desde el principio. Le dije con toda sinceridad que una de las razones por las que la amaba era porque nunca se quejaba. Así que ahora se cuida mucho de hacerlo.

El caso es que había dejado la puerta del estudio abierta y Mary se había colado. Sonreí dulcemente sin levantar la mirada y murmuré «Hola, cariño...» creyendo que era Daphne. Hacía un rato que no la veía y, que yo supiera, Daphne

era la única persona que había en la casa. Como no respondió, levanté la vista.

Mary Foxe se acercó a mi mesa alargándome la mano. Quería que nos la estrecháramos. ¡Estrecharnos la mano! Mi largo tiempo desaparecida musa se presentaba como si tal cosa para un apretón de manos. Le lancé el teléfono. Lo levanté de mi escritorio—el enchufe escupió el cable que lo conectaba a la pared—y se lo arrojé. Ella lo esquivó limpiamente. El teléfono aterrizó en el suelo junto a la papelera y tintineó durante unos segundos. Creo que fue un lanzamiento poco entusiasta.

—¡Vaya genio!—exclamó Mary.

—¿Cuánto tiempo ha pasado: seis, siete años?—pregunté.

Acercó una silla de un rincón de la habitación, cogió mi globo terráqueo y se sentó frente a mí, haciendo que los océanos dieran vueltas y más vueltas en su regazo. Yo la miraba y no podía pensar con claridad. Es la forma que tiene de moverse, la forma que tiene de mirarte. Creo que su acento inglés también ayuda.

—Siete años—asintió ella. Luego me preguntó qué tal me había ido. De forma totalmente despreocupada, como si ya supiera lo que iba a contestar.

—Como siempre. Enamorado de ti, Mary—le dije. ¿Por qué diablos tenía que decirle eso? Creo que ni siquiera era verdad. Pero cuando está cerca siento que tengo que intentarlo. Creo que resultaría interesante si me creyera.

—¿En serio?—preguntó.

—En serio. Eres la única chica que cuenta para mí.

—La única chica que cuenta para ti—dijo, y lanzó una carcajada mirando al techo.

—No te prives, anda, ríete, hiere mis sentimientos..., ya sé que no te importa—dije con voz lastimera, divirtiéndome.

—¡Oh!, tus *sentimientos*..., está bien. Profundicemos un poco en el asunto, señor Fox. ¿Me querrías si yo fuera tu marido y tú fueras mi mujer?

—Eso es una tontería.

—¿Me querrías a pesar de todo?

—Bueno, sí, creo que funcionaría.

—¿Me querrías si... los dos fuéramos hombres?

—Esto..., supongo que sí.

—¿Y si fuéramos mujeres?

—Por supuesto.

—¿Y si yo fuera una bruja?

—Eres lo suficientemente encantadora tal como eres.

—¿Y si tú fueras mi madre?

—¡Basta!—dije—. Estoy loco por ti, ¿está claro?

—No, tú no me quieres—dijo Mary. Se desabrochó el vestido y mostró el cuello—. Esto es lo que quieres. —Se lo desabrochó aún más y se levantó los pechos con ambas manos. Se levantó la falda por encima de las rodillas, más arriba de los muslos, y más arriba aún, y ambos nos quedamos mirando la tersura y suavidad de su piel, los volantes de encaje—. Esto es lo que amas—dijo.

Asentí con la cabeza.

—Esto es todo lo que amas—dijo, estirando su propio pelo, abofeteando su propia cara. Si no hubiera sido por la serenidad de sus ojos, habría pensado que se había vuelto loca. Me levanté para detenerla, pero en el momento en que lo hice, ella se detuvo voluntariamente.

—Yo no te quiero así. Tienes que cambiar—dijo.

La sinfonía terminó. Fui al gramófono y la puse de nuevo.

—¿Tengo que cambiar? ¿Significa eso que quieres oírme decir que te quiero por tu...—no pude evitar sonreír con aire de suficiencia—alma?

—No tiene nada que ver con eso. Sencillamente tienes que cambiar. Eres una mala persona.

Esperé un momento para ver si ella hablaba en serio y si tenía algo que añadir. Sí, hablaba en serio, y no, no tenía nada que añadir. Me lanzó una mirada, fría como la escarcha, como si me odiara. Me puse a silbar.

—¿Que soy una mala persona? ¿Eso es lo que piensas? Voy a la iglesia casi todos los domingos, Mary. Doy unas monedas a los mendigos. Pago mis impuestos. Y cada Navidad envió un cheque a la obra benéfica favorita de mi madre. ¿Dónde está la maldad? En ninguna parte, ésa es la verdad.

La puerta de mi estudio seguía abierta y presté atención por si oía a mi mujer. Mary se volvió a poner bien la ropa para tener un aspecto respetable. Hubo un silencio breve pero denso, que Mary rompió diciendo:

—Matas mujeres. Eres un asesino en serie. ¿Puedes entender eso?

—¡Por todos los...!

Me había cogido totalmente desprevenido.

Se acercó a mi escritorio, tomó una de mis libretas de notas y leyó unas cuantas líneas para sí.

—¿Me puedes decir por qué es necesario que a Roberta le corten una mano y un pie con una sierra y se desangre hasta morir en el altar de la iglesia?—Hojeeó un par de páginas más—. Sobre todo teniendo en cuenta que este otro relato termina con Louise cayendo al suelo acribillada a balazos porque los rebeldes de las montañas la han confundido con el traidor de su hermano. Y ¿es necesario que la señora McGuire se cuelgue del pomo de una puerta porque teme lo que le hará el señor McGuire cuando llegue a casa y descubra que se le ha quemado la cena? Del pomo de una puerta... ¿Es realmente necesario, señor Fox?

Me encontré a mí mismo sonriendo abiertamente—todo

lo contrario de lo que quería que hiciera mi rostro. Desdeñoso y duro, le dije a mi rostro. Desdeñoso y duro. No avergonzado...

—No tienes sentido del humor, Mary—dije.

—Tienes razón—respondió ella—. No lo tengo.

Lo intenté de nuevo:

—Es ridículo preocuparse tanto por el contenido de la ficción. No es real. Vamos, no te pongas así. No son más que juegos.

Mary se enroscó un mechón de pelo en el dedo.

—Veamos..., cómo es... Soñamos y es bueno estar soñando. Sufriríamos si estuviéramos despiertos. Pero como es un simple juego, mátennos. Y que chillen, ya que jugando estamos...<sup>1</sup>

—Yo no podría haberlo dicho mejor.

—¿Qué harías por mí?—preguntó.

La miré detenidamente. Parecía hablar completamente en serio. Estaba haciendo una oferta.

—Mataría un dragón. Diez dragones. Cualquier cosa—dije.

Ella sonrió.

—Me alegro de que me sigas la corriente. Es una buena señal.

—¿De veras? Por cierto, ¿de qué estamos hablando exactamente?

—Limítate a ser flexible—dijo ella. Al parecer yo había aceptado algún desafío. Pero no tenía ni idea de qué se trataba.

—Lo tendré en cuenta. ¿Cuándo empezamos con este asunto?

<sup>1</sup> Poema de Emily Dickinson. (*Todas las notas, a menos que se indique lo contrario, son de la traductora*).

Ella se acercó más.

—Ahora mismo. ¿Asustado?

—¿Yo? No.

Lo más absurdo es que, en realidad, me puse nervioso, al menos un poco. De repente su mano estaba en mi cuello. El gesto era tierno, lo cual, viniendo de ella, resultaba aún más preocupante. Puse mi mano sobre la suya; creo que estaba intentando liberarme.

—¿Preparado?—dijo ella—. ¡Ya!